

## LA RUTA DE LA MEMORIA

## Cuando las casas eran de labranza

¿Podría adivinar el lector a qué lugar de Getafe corresponde el reflejado en esta fotografía? Para aligerar la elucubración bastan unos cuantos indicios con respecto a la fisonomía actual de la zona. Como que ésta es una de las plazas más emblemáticas de la localidad, que da nombre a uno de los establecimientos hosteleros que la bordean. Precisamente, los locales de copas que la cercan le han convertido en lugar transitado por quienes buscan espacios para el ocio y el esparcimiento. Con motivo de las festividades patronales se multiplican los visitantes, atraídos por el reclamo de las barras al aire libre; entonces, no queda ni un metro cuadrado de calle sin ser ocupado. Otra pista definitoria para localizar el espacio: las calles San Eugenio, Mariano Ron, Manzana o Magdalena son algunas de las que confluyen en la plaza.

Para los que han caído ya y para los que todavía andan perdidos tras las pistas enunciadas con anterioridad: ésta que se ve es la plaza Canto Redondo tal como pintaba allá por la ya lejana década de los años cuarenta. La imagen tomada desde el aire permite observar a vista de águila cómo era el Getafe de mediados del siglo pasado, cuya población, por aquel tiempo, rondaría entre los quince y los veinte mil habitantes. El pueblo estaba salpicado de casas bajas, en buena medida adaptadas a una población



campesina y agrícola, en la que también tenían presencia otras profesiones de la época. Taberneros, herreros y albarderos (estos últimos fabricantes de albardas, pieza principal del aparejo de las caballerías de carga), entre otros, vertebraban la estructura social. Algunas de las construcciones que aparecen en la instantánea pertenecieron a las familias Román Sacristán o Serra-

no. Otro popular vecino vivió en uno de los domicilios que daban a la plaza: el médico del pueblo, Lorenzo Azofra.

Cuando las viviendas eran de labranza un micromundo se desarrollaba en el interior de los muros de los edificios. La misma estructura se repetía en cada una, y contaba con el zaguán como estancia introductoria. Éste era un espacio cubierto situado den-

tro de la casa, inmediato a la puerta de la calle y que ejercía de entrada. A partir de él, cuartos cerrados y abiertos formaban el esqueleto: el patio, el corral, la bodega, las cuadras, el pajar, cámaras (donde se guardaban los productos de la matanza), almacenes (se conservaba el trigo o las patatas)... Y dándolas contenido, se exhibía un catálogo de animales como conejos, cerdos, cabras, palomas o gallinas, por citar los más habituales. Un pozo y un abrevadero, que proveían de agua a unos y otros habitantes, eran elementos obligados en cada edificación.

Las familias se autoabastecían de alimentos básicos que obtenían de sus cosechas y animales. Incluso algunas vendían los productos que elaboraban al exterior. Quien producía vino era fácilmente reconocido, pues colocaba un ramo de olivo en la puerta de su hogar. Otras personas aprovechaban el caldo estropeado para elaborar vinagre. En las tinajas se curaban las uvas de las viñas de alrededor que se localizaban principalmente en Perales del Río y en el enclave entre Getafe y Villaverde, lugares con terrenos arenosos y con abundante agua por la proximidad del río, que propiciaban los cultivos. En la calle Escaño se encontraba otra pieza fundamental del engranaje agrícola, al situarse los campos de trigo y las eras.

Noemi Moyano